

CAPÍTULO 18

Las escrituras especulares del apetito de América: episodios caníbales en la Crónica de Indias

CELIA DE ALDAMA ORDÓÑEZ
Universidad Complutense (Madrid)

Para abordar el tema de las prácticas caníbales en la época del descubrimiento y la conquista de América, se ha optado por aventurar un itinerario textual a través de distintas crónicas, con el propósito de recuperar algunas de las representaciones del antropófago americano que en ellas se exhiben; el recorrido sugerido, que abarca el tiempo de cien años, da cuenta de los contorsionismos relativos a la biografía del «monstruo caníbal», víctima de un permanente proceso de re-semantización y metaforización¹. Se constatará que, si los primeros relatos interactúan con los esquemas clásicos del mundo grecolatino, en las versiones sucesivas, la pintura del caníbal aparece mediada por los apetitos imperiales, que propiciarán la codificación político-teológica de su naturaleza «salvaje».

Este seguimiento de la figura antropófaga y de sus frecuentes metamorfosis dentro de las escrituras virreinales, permitirá articular la diferencia entre las crónicas tempranas del descubrimiento, como es el caso de C. Colón, A. Vespucci y A. Pigafetta, donde el ojo alucinado del cronista interpreta el Nuevo Mundo desde paradigmas míticos, y las crónicas posteriores de Hans Staden, Girolamo Benzoni o Theodor de Bry en las que, ya fijados los límites geográficos y las

¹ Tal propensión metafórica es explicada por el crítico colombiano Carlos Jáuregui en relación con la naturaleza liminal y polisémica del sujeto antropófago. En su monumental obra *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, se estudia el tropo caníbal como signo de alteridad del continente americano y como parte fundamental del Archivo de metáforas que articulan las identidades latinoamericanas.

certezas relativas a la riqueza del continente americano, el ojo imperial modula la imagen del caníbal hasta convertirla en tropo retórico al servicio de la gula colonial.

Por lo que respecta a la genealogía literaria de la antropofagia, sus orígenes se remontan al mundo clásico que la describe como práctica bestial de pueblos bárbaros situados en la periferia del orbe; tal concatenación semántica, que se establece entre los conceptos de antropofagia, barbarie y frontera, marcará un precedente insoslayable en la conceptualización del Nuevo Mundo. Las noticias acerca de comunidades caníbales, compendiadas por Heródoto, Solino o Plinio el Viejo, entre otros, perviven bajo la forma del mito en la Edad Media² y son resignificadas con el descubrimiento del nuevo continente, donde contribuyen a levantar una primera diferenciación etnográfica, y en consecuencia sociocultural, entre el buen y el mal salvaje.

Tras este breve preámbulo, se procederá al análisis de los espacios textuales ocupados por las figuras antropófagas en las Crónicas de Indias, a partir de los cuales se destacará su operatividad estratégica dentro de las mismas y el «plus de significación» que entrañan sus consecutivas apariciones³.

1. CÍCLOPES, CINOCÉFALOS Y SOLDADOS DEL GRAN KHAN: EL OJO DESORIENTADO DE COLÓN

La primera imagen del caníbal que llega a Europa desde el Nuevo Mundo lo hace a través del diario de navegación de Cristóbal Colón, hoy en día convertido en uno de los textos fundantes del Archivo americano y conocido popularmente como el *Diario de viajes*. La autoría/autoridad del relato ha sido cuestionada a partir de dos datos polémicos: en primer lugar, la versión que nos queda del texto colombino no es la original sino la interpolada, transcrita y mediada por la pluma del dominico Fray Bartolomé de las Casas. En segundo lugar, la escritura de Colón adolece de una notable desorientación geográfica pues, en su avance hacia Occidente y en su encuentro con las tierras americanas, cree desembarcar en las costas de la provincia oriental de Catayo.

² Nos referimos a los relatos de viaje de Marco Polo o John Mandeville hacia el «maravilloso» Oriente, donde la descripción del antropófago remite a los esquemas clásicos de autores griegos y latinos.

³ Este «plus de significación», terminología acuñada por Iris Zavala y recuperada por C. Jáuregui para demostrar el carácter palimpsestico del canibalismo, nos permite introducir la herramienta metodológica que ha operado como matriz del presente estudio; se trata del concepto de *imagen-archivo*, hallazgo hermenéutico del investigador Joaquín Barriandos, que demuestra su operatividad en la construcción de una arqueología transmoderna decolonial. Con el sintagma complejo de *imagen-archivo* se refiere «a la función de ciertas imágenes en tanto que depositarios de otras imágenes y representaciones. Las *imágenes-archivo* son entonces imágenes formadas por múltiples representaciones sedimentadas unas sobre las otras, a partir de las cuales se conforma una cierta integridad hermenéutica y una unidad icónico-arqueológica» en J. Barriandos, «La colonialidad del ver. Hacia un nuevo diálogo visual interepistémico», *Revista Nómadas* 35, págs. 13-29.

De modo que, cuando Colón utiliza la palabra *caníbal* para designar a «la comunidad antropófaga del Caribe de las Antillas», neologismo que terminará por extenderse a todos los indios que participen en este peculiar hábito culinario, no lo hace sin ausencia de referentes. Sus descripciones del caníbal pueden ser leídas como *imágenes-archivo* en las que subyacen, como capas arqueológicas, representaciones librescas de origen diverso. Bajo el rostro del caníbal colombino, se prefijan los cíclopes homéricos, los feroces Schytas de Plinio y los hombres con cabeza de perro que Marco Polo asegura haber encontrado en las tierras del Gran Kan. El siguiente pasaje, del lunes 26 de noviembre de 1492, trasluce las lecturas del Almirante, cuya descripción del caníbal se sostiene sobre un asombroso cruce de relatos, entre los que domina la estampa del cinocéfalo popularizada por el mercader veneciano:

Toda la gente que hasta hoy ha hallado diz que tiene grandísimo temor de estos de Caniba ó Canima, y dicen que viven en esta isla de *Bohío*, la cual debe de ser muy grande, según le parece, y cree que van a tomar á aquellos á sus tierras y casas, como sean muy cobardes y no saber de armas. [...] Y decían que no tenían sino un ojo y la cara de perro, y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante que debían de ser del señorío del Gran Can que los captivaban⁴.

Por su parte, Marco Polo describirá así a los habitantes de la isla de Aghama: «Aghama è un'isola; e non hanno re, e solo idoli, e sono como bestie selvatiche; e tutti quegli di questa isola hanno capo di cane; e denti e naso a simiglianza di gran mastino. Egli hanno molte ispezie, e sono mala gente, e mangiano tutti uomeni che possono pigliare»⁵. El cotejo de ambos documentos alumbró la intertextualidad que subyace a la escritura colombina, donde la mirada prístina del Almirante inaugura la imagen teratológica del caníbal como engendro híbrido, mitad hombre mitad bestia, que entorpece su clasificación dentro los bestiarios americanos.

Otro aspecto que destaca de la descripción que hace Colón del caníbal es la que afecta a la construcción identitaria del cronista y es que, a la imagen brutalizada del nativo, corresponde una imagen idealizada del descubridor. Los «Caniba», que siembran el terror entre el resto de comunidades indígenas, ofrecen a Colón, pero también a Bernal o Cortés en sus respectivas travesías, la posibilidad de encumbrarse como héroes, aclamados en el Nuevo Mundo por su bizarría y fiereza. En la carta dirigida por el Almirante al escribano de los Reyes Católicos, Luis de Santangel, la imagen del feroz caníbal funciona como artefacto persuasivo vinculado a la necesidad de incorporar al relato del descubrimiento la figura de un oponente; el antropófago, reverso temible del buen salvaje, se convierte en garantía del enaltecimiento personal y la antropofagia en argumento que fundamenta la autoridad enunciativa frente al salvajismo del

⁴ Fernández de Navarrete (ed.), *Viajes de Cristóbal Colón*. Madrid, Calpe, 1922, pág. 79.

⁵ Bartoli (curatore), *I Viaggi di Marco Polo*, Firenze, Felice Le Monnier, 1863, pág. 252.

otro. «Gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de las Indias, y roban y toman cuanto pueden. [...] Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada más que a los otros»⁶.

2. AMÉRIGO VESPUCCI: LUPA Y DICCIONARIO DEL NUEVO MUNDO

La siguiente pintura de los caníbales americanos procede de las cartas que Américo Vespucci dirige a Pierfrancesco de Medici entre 1500 y 1504. Como es sabido, es el florentino el que, en la carta que narra su tercer viaje, anuncia a Occidente una noticia fabulosa que invalida el paradigma tolemaico: «aquella tierra que surgió del mar era nada menos que un Nuevo Mundo»⁷.

En un estudio de 1931, Stephan Zweig, que reconoce a Vespucci el «mérito histórico de la interpretación», articula las dos visiones que alternan en la historiografía oficial sobre el comerciante italiano y que se debaten entre dos extremos interpretativos: por una parte, la visión del descubridor y erudito de alto rango, por otra, la del estafador y timador «más impertinente de la historia de la geografía occidental», cuyo nombre, debido a una comedia de confusiones termina por bautizar las tierras del nuevo continente⁸.

Del tratamiento que da Vespucci a la figura del antropófago se recaban tres peculiaridades de su escritura: en primer lugar, la reproducción sensacionalista e hiperbólica de la práctica caníbal, sometida, junto a otros aspectos de la realidad americana, a un prisma amplificador, morboso y efectista que redundaba en la vasta recepción de sus cartas en el Viejo Mundo⁹. En segundo lugar, el esfuerzo del cronista por poner en marcha el aparato de traducción, propio de la cronística indiana, que requiere hallar las similitudes y referentes para la correcta transposición de la realidad americana al mundo occidental.

La (carne) humana es entre ellos alimento común. Esta es cosa verdaderamente cierta; pues se ha visto al padre comerse a los hijos y a la mujer; y yo he conocido a un hombre, con el cual he hablado, del que se decía había comido más de trescientos cuerpos humanos. Y aún estuve veintisiete días en una cierta ciudad, donde vi en las casa la carne humana salada y colgada de las vigas, como entre nosotros se usa ensartar el tocino y la carne de cerdo. Digo mucho más: que entre ellos se maravillan porque nosotros no matamos

⁶ Fernández de Navarrete (ed.), *Viajes de Cristóbal Colón*, Madrid, Calpe, 1922, pág. 194.

⁷ A. Vespucci, *El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos*, Madrid, Ediciones Akal, 1985, pág. 6.

⁸ S. Zweig, *Américo Vespuccio: la historia de un error histórico*, Madrid, Capitán Swing Libros, 2010.

⁹ Vespucci narra en sus cartas algunos episodios de endocanibalismo que, según la antropóloga Teresa Piossek, constituían un fenómeno inusual entre las comunidades americanas.

a nuestros enemigos, y no usamos su carne en las comidas, la cual dicen es sabrosísima¹⁰.

Y en estas últimas líneas, se presencia el arranque de las primeras operaciones conceptuales en que se reactualiza, desde los documentos que llegan de Indias, la identificación entre los términos de América, entendida en su condición de región limítrofe, Antropofagia y Barbarie, que ya figuraba en el imaginario occidental como remanente medieval del *pathos* grecorromano; «comen poca carne, excepto carne humana, pues Vuestra Magnificencia sabrá que son en esto tan inhumanos, que sobrepasan toda costumbre bestial, pues se comen a todos sus enemigos que matan o hacen prisioneros, tanto mujeres como hombres, con tanta ferocidad»¹¹.

Tal articulación de ideas sienta las bases para las futuras argumentaciones teológico-jurídicas que esgrimirán figuras como la de Ginés de Sepúlveda, destacado partícipe de la Controversia de Valladolid (1550) donde defenderá, frente a Las Casas, la «guerra justa» contra los indios. El enfoque iusnaturalista del historiador español rebaja la condición humana del indígena al rango de bestia y, aunando doctrinas aristotélicas y pensamiento cristiano, declara: «Hombrecillos en los cuales apenas encontrarás vestigios de humanidad; que no solo no poseen ciencia alguna, sino que ni siquiera conocen letras ni conservan ningún monumento de la historia. ¿Qué templanza ni que mansedumbre vas a esperar de los hombres que comían carne humana?»¹².

En el libelo de Sepúlveda, el tropo caníbal se despoja de toda aureola mítica para construirse como punzante artefacto ideológico: la antropofagia se maneja como prueba irrefutable del salvajismo del nativo americano y autoriza, por tanto, la intervención bélica de la corona española. Los indios, al violar los preceptos de la ley natural, formarían parte, según las ideas del tratadista español, de la categoría integrada por los que el Estagirita define como «esclavos por naturaleza»¹³ y, en virtud de tal inferioridad «natural», se justificaría su consiguiente sumisión espiritual y temporal.

¹⁰ A. Vespucci, ob. cit., pág. 62.

¹¹ *Ibid.*, pág. 83.

¹² J. G. Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pág. 105.

¹³ «Cuando es uno inferior a sus semejantes, tanto como lo son el cuerpo respecto del alma y el bruto respecto del hombre, y tal es la condición de todos aquellos en quienes el empleo de las fuerzas corporales es el mejor y único partido que puede sacarse de su ser, se es esclavo por naturaleza. Estos hombres, así como los demás seres de que acabamos de hablar, no pueden hacer cosa mejor que someterse a la autoridad de un señor; porque es esclavo por naturaleza el que puede entregarse a otro; y lo que precisamente le obliga a hacerse de otro, es el no poder llegar a comprender la razón, sino cuando otro se la muestra, pero sin poseerla en sí mismo» en Aristóteles, *Política*, Buenos Aires, Losada, 2005, pág. 28.

3. LA IMAGEN ETNOGRÁFICA Y EDÉNICA DEL CANÍBAL

Continuando con el recorrido propuesto, es ineludible el encuentro con la crónica de Antonio Pigafetta, partícipe de la expedición organizada por Hernando de Magallanes, que culmina con la primera circunnavegación del planeta. De la numerosa flota que inicia la travesía, solo regresan a Sevilla 18 hombres, entre ellos, el cronista italiano que, a su retorno, da a conocer en su obra *Primer viaje en torno del Globo*, la heroica gesta magallánica. En su meticulosa crónica, calificada por García Márquez como «una aventura de la imaginación», dibuja al antropófago como una criatura mansa y dócil, un gigante asustadizo y temeroso. A su llegada a las costas del Brasil en 1519, apunta en su cuaderno de bitácora:

Estos pueblos son en extremo crédulos y bondadosos, y sería fácil hacerles abrazar el cristianismo [...]. Cuando desembarcamos a oír misa en tierra, asistieron a ella en silencio, con aire de recogimiento¹⁴.

Los hombres y mujeres son bien constituidos como nosotros. Algunas veces comen carne humana, pero solamente la de sus enemigos, lo que no ejecutan por deseo ni por gusto, sino por costumbre [...] no los comen inmediatamente, ni tampoco vivos, sino que los despedazan y reparten entre los vencedores. Cada uno se lleva a casa la porción que le ha cabido, la hace secar al humo y cada ocho días asa un pequeño pedazo para comérselo¹⁵.

Estas líneas ilustran con nitidez la convivencia de dos mentalidades en pugna: si bien el cronista se inscribe en un sistema de pensamiento medieval que, en su encuentro con la alteridad indígena, impone las exigencias de la obra evangelizadora, o bien la asimilación cultural del gigante caníbal como ser susceptible de recibir bautismo, también es cierto que la crónica, a través de sus «excedentes de sentido»¹⁶, permite vislumbrar la incipiente *curiositas* del hombre renacentista; Pigafetta se interesa por la dimensión etnográfica de la diferencia cultural y da cuenta de sus causas, detalles y formas. Y es en estos detalles, en esas minucias de apariencia insignificante, donde se cifra la «verdad» del texto cronístico que, en la mayoría de los casos, excede su mera condición de encargo real o mandato administrativo.

¹⁴ A. Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*. Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre, 1970, pág. 49.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 47.

¹⁶ Al columbrar los detalles del texto cronístico como suplementos de significación a través de los que reconstruir el sentido total de la obra, se vindican las teorías de Roland Barthes acerca de los elementos no estructurales del tejido narrativo, cuya significación ha de redimensionarse ante la obliteración de los análisis puramente funcionales. Así, a través de los detalles enunciativos que cristalizan una incipiente valoración del otro nuevo mundo se vislumbra el hendimiento del *ego conquiro*.

4. LA VENGANZA DE LA MORDEDURA CANÍBAL

La *Historia del Nuevo Mundo* del milanés Girolamo Benzoni supone, para nuestro discurso, una ruptura y un desplazamiento temporal hasta la segunda mitad del siglo XVI, en concreto al año 1565. La crítica ha coincidido en señalar el texto de Benzoni como uno de los principales puntales de la Leyenda Negra pues, en palabras de Carrera Díaz, «lejos de la tradición literaria de los grandes viajeros italianos, el relato se presenta como un acta acusatoria simplista, fruto del resentimiento o de un preciso programa ideológico de desvalorización»¹⁷.

Debido a tal codificación política, la crónica cosechó un notable éxito entre la clientela luterana y antihispánica de Europa y entre los editores, fueron los De Bry quienes, entre 1594 y 1644, promocionaron más asiduamente la obra. Benzoni infama, a través de anécdotas y juicios denigratorios, a los conquistadores españoles y, frente a ellos, el acto caníbal aparece como una suerte de venganza merecida, como el proceso legítimo de reterritorialización, amparado por la peculiar cosmovisión bélica del nativo. La mordedura caníbal parece compensar y reapropiarse de los expolios cometidos por los extranjeros, entendiéndose la ingestión y digestión del cuerpo usurpador como forma simbólica de restitución de los bienes sustraídos.

Cuando los capturaban vivos, y especialmente a los capitanes, los ataban de pies y manos, los tendían en el suelo y les echaban oro fundido en la boca, gritando: « ¡Come, come oro, cristiano!». Y para más escarnio y vituperio, con cuchillos de pedernal les cortaban unos un brazo, otros un trozo de hombro, otros una pierna y, asándola sobre las brasas, se los comían cantando y bailando, y luego colgaban los huesos en los templos y casas de los caciques como trofeos de victoria¹⁸.

En la *Historia* de Benzoni, la enumeración de hechos bárbaros cometidos por indios y españoles ha de entenderse como maniobra retórica para demostrar la ruina de la empresa de evangelización. La visión de los nativos, que reinciden en sus idolatrías y prácticas pecaminosas, y la de los españoles como figuras corrompidas e involucradas en el comercio de carne humana, incorpora la noción de fracaso como tropo deslegitimador de la conquista. Por ende, los escandalosos episodios de canibalismo, no interesan en su dimensión etnográfica, sino que se reiteran como prueba fehaciente en tales operaciones de desprestigio.

¹⁷ M. Carrera Díaz, (ed.), *La historia del nuevo mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, pág. 34.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 140.

5. LA SALVACIÓN DEL CUERPO PROTESTANTE DE HANS STADEN

Otra obra que figuró en el momento de su aparición como exitoso artillero de propaganda política fue la *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes, feroces y caníbales* del soldado alemán Hans Staden, publicada en Marburgo en 1557. Dicha crónica, que será releída en clave identitaria por la vanguardia brasilera de los años veinte¹⁹, contó con numerosas reproducciones en Europa, sobre todo en Alemania y en los Países Bajos.

La peculiaridad de la obra de Staden coincide con su espacio de enunciación que construye el relato desde el centro mismo de la comunidad indígena, donde se sitúa el narrador como testigo de los hechos: el cronista alemán, prisionero de varias tribus Tupí, asiste y sobrevive a distintos aquelarres caníbales y su rol, en cuanto observador participante, ha sido comparado por la crítica con el del etnógrafo moderno. En consecuencia, la escritura de Staden formula una fascinante inversión de términos: el conquistador se halla en la postura de la víctima, del extraño, del otro. Tal postura de subordinación permite una meticulosa descripción del festín antropófago, cuyo seguimiento incorpora la voz del caníbal interpelado por el cautivo europeo.

Este mismo Konian Bébe tenía una enorme cesta llena de carne humana ante sí y se estaba comiendo una pierna que acercó a mi boca, preguntándome si quería comer. Le respondí que si ningún animal irracional devora a otro, ¿cómo podía entonces un hombre devorar a otro hombre? Clavó los dientes en la carne y dijo: «Jau ware sche», que quiere decir: soy un tigre, ¡está sabroso! Cuando dijo esto, me retiré de su presencia²⁰.

La salvación de este soldado alemán, rescatado por un navío francés, es interpretada por Jáuregui como una estrategia compositiva del texto: el cuerpo del condenado, metonimia del cuerpo protestante, es elegido por Dios y salvado de la muerte²¹. Se trataría, por tanto, de una metáfora de fácil interpretación en el contexto de guerras de religión y espíritu contrarreformista en que se inserta.

Otra particularidad de la crónica es su fuerte carácter visual fundamentado en una imponente serie iconográfica, aprovechada y perfeccionada por Theodor

¹⁹ Iniciativas culturales como el *Manifiesto antropófago* (1928) de Osvaldo Andrade y la *Revista Antropofagia* suponen una apropiación modernista de la figura caníbal haciendo del tabú un tótem de la cultura nacional. El concepto de antropofagia resuelve el problema de la influencia occidental y revierte la imitación en proceso de deglución. Véase C. Jáuregui, *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2008.

²⁰ H. Staden, *Verdadera historia y descripción de una país de salvajes, feroces y caníbales*, Barcelona, Argos, 1983, pág. 143.

²¹ C. Jáuregui, *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2008, págs. 110-116.

de Bry en la edición de 1592. Como ejemplo, propongo el siguiente pasaje de Staden donde se asiste a una evidente y no fortuita feminización del monstruo caníbal²²: «Las mujeres guardan los intestinos, los cocinan y del caldo hacen una sopa que se llama mingau, que ellas y los niños beben, comen los intestinos y también la carne de la cabeza; los sesos, la lengua y lo demás que haya será para los niños»²³.

6. LOS INFIERNOS AMERICANOS POR THEODOR DE BRY

Este grabador, editor y librero, conocido por su contribución a la difusión de la Leyenda Negra, ofrece al público europeo, en su monumental obra *Los Grandes Viajes*, unos grabados de trazo excepcional que contribuyen a revertir la imagen de América como Paraíso Terrenal. De todos ellos, me interesa destacar la ilustración de la expedición de Pedro de Mendoza, contenida en la crónica de Ulrich Schmidl, donde los españoles van a verse involucrados en una cruenta experiencia antropófaga.

Hubo en un tiempo tan grande hambre en el campamento de Pedro de Mendoza que los soldados comieron para saciar toda suerte de animales puros e impuros, y aun insectos, y ni siquiera respetaron la piel de sus calzados. Y ocurrió entonces que tres españoles robaron de secreto el caballo de otro, matáronlo y comiéronlo. Mas en revelarse y divulgarse lo sucedido, mandó el jefe a ahogar a los tres, y varios otros disfrutaron entonces de los despojos destes, pues en caer la noche cortaron otros tres hombres los brazos y piernas y todo cuanto pudieron de los ahorcados, los cocieron después y los comieron con grande ardicia²⁴.

El Nuevo Mundo adquiere en las obras de De Bry la dimensión de un espacio infernal y distópico, cuyos cuerpos descuartizados reflejan la imagen de una tierra en ruinas. En este último pasaje, la contorsión que sufre el tropo caníbal se extrema hasta el punto de fagotizar al conquistador, que ha sucumbido a la barbarie americana. Los contornos de América se asimilan a la imagen de un Paraíso Perdido, un contexto indomable para la política católica que ha visto quebrarse la palabra sagrada de sus mensajeros imperiales: el cuerpo civilizador ha sido devorado por el cuerpo corruptor americano.

En semejante confusión de términos, agravada por las posiciones simultáneas que se disputan los cuerpos del conquistador y del conquistado, las palabras de Michael de Montaigne acerca de las prácticas antropófagas adquieren un relieve

²² Si recuperamos el concepto de *imagen-archivo*, se iluminarán los sustratos que conforman la imagen de la mujer caníbal, en que se aglutinan las formas míticas de las Amazonas junto a las figuras medievales de brujas o hechiceras.

²³ H. Staden, *Verdadera historia y descripción de una país de salvajes, feroces y caníbales*, Barcelona, Argos, 1983, pág. 160.

²⁴ T. Bry, *América (1590-1634)*, Madrid, Siruela, 1992, pág. 251.

significativo. La figura del caníbal, incluida en su conocido ensayo *Mis caníbales*, se articula como dispositivo de reflejo, como imagen especular de los apetitos occidentales de América; la alteridad del indígena interesa al pensador francés en cuanto estructura binaria, capaz de iluminar la propia diferencia y derivar, en virtud de una dúplice torsión, nuevos caminos para la episteme científica y la interpretación cultural.

No deo de reconocer la barbarie y el horror que supone comerse al enemigo, mas sí me sorprende que comprendamos y veamos sus faltas y sigamos ciegos para reconocer las nuestras. Creo que es más bárbaro comerse a un hombre vivo que comérselo muerto; desgarrar por medio de suplicios y tormentos un cuerpo todavía lleno de vida, asarlo lentamente, y echarlo luego a los perros o a los cerdos; [...] Esto es más bárbaro que asar el cuerpo de un hombre y comérselo, después de muerto²⁵.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Política*, Buenos Aires, Losada, 2005.
- BARTOLI (curatore), *I viaggi di Marco Polo*, Firenze, Felice Le Monnier, 1963.
- BARRIENDOS, J., «La colonialidad del ver. Hacia un nuevo diálogo visual interepistémico», *Revista Nómadas*, 2001, 35: 13-29. http://www.ucentral.edu.co/index.php?option=com_content&view=article&id=2379&Itemid=4938.
- BENZONI, G., *La historia del Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- BRY, T., *América (1590-1634)*, Madrid, Siruela, 1992.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (ed.), *Viajes de Cristóbal Colón*, Madrid, Calpe, 1922.
- JÁUREGUI, C., *Canibalía: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2008.
- MONTAIGNE, M., *Ensayos completos*, Madrid, Cátedra, 2010.
- PIGAFETTA, A., *Primer viaje en torno del globo*. Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre, 1970.
- PIOSSEK, T., *Ensayo sobre la antropofagia en América de la conquista. Un desafío para España*, Argentina, [s.n.], 1991.
- SEPÚLVEDA, J.G., *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- STADEN, H., *Verdadera historia y descripción de una país de salvajes, feroces y caníbales*, Barcelona, Argos, 1983.
- VESPUCCI, A., *El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos*. Madrid, Ediciones Akal, 1985.
- ZWEIG, S., *Américo Vespucio: la historia de un error histórico*, Madrid, Capitán Swing Libros, 2010.

²⁵ Montaigne, M., *Ensayos completos*, Madrid, Cátedra, 2010, pág. 243.